



La CIA dirigió el desembarco norteamericano en la Bahía de Cochinos sin contar con la Casa Blanca ni con el Departamento de Estado. Sobre estas líneas, cartel cubano de la OSPAAL (1970).

Aquel jefe de minoría era el actual Presidente de los Estados Unidos, Gerald Ford.

Esta historia aparece relatada junto con otras —de otros personajes de la vida política de los Estados Unidos— con todo detalle en el semanario «Time». Este semanario, igual que otras publicaciones de los Estados Unidos, continúa la información que ha sido iniciada por el «Times» de Nueva York. El periodista Seymour Hersh denunció que unos diez mil ciudadanos de los Estados Unidos han sido espías —o lo siguen siendo— por la CIA, principalmente por sus actividades contra la guerra de Vietnam o solamente por sus opiniones. Posteriormente, el «Times» de Nueva York ha publicado las declaraciones de un antiguo agente de la CIA, que se ha puesto en contacto con el periódico después que éste publicara su primer artículo, y que ha dado más detalles. El centro de operaciones de la CIA para el interior tenía —o tiene— como base la ciudad de Nueva York: un organismo llamado Domestic Operations Division, iniciado con unos 25 agentes, cuya misión era la de «mezclarse con grupos étnicos y universitarios». La operación comenzó hacia la mitad de la década de los sesenta como un servicio de rutina. Poco a poco fue creciendo en importancia. Convencían a personas de los grupos vigilados para que se convirtieran en confidentes. Muchas veces no les decían que la CIA estaba tras la operación, sino que se trataba de organizaciones preocupadas con que la nobleza de muchas personas al exponer sus opiniones fue-

se explotada por agentes comunistas chinos o rusos o por traficantes de drogas. Muchas veces convertían en confidentes a los profesores.

¿Quién inició estas operaciones? ¿Mandos menores de la CIA, su propia dirección? ¿O el Consejo de Seguridad? ¿Está Kissinger realmente complicado? ¿Lo está personalmente Ford, desde antes de ser Presidente? ¿Es por salvarse a sí mismo y a Kissinger por lo que Ford retrasa tanto la formación de la Comisión Investigadora de la CIA, si es que llega a formarse? Estas preguntas son de una extrema gravedad. Una respuesta afirmativa supondría la explosión de otro «caso Watergate», con consecuencias que podrían ser muy importantes. Otra vez sería la prensa y el Congreso quienes tratarían de restablecer el equilibrio democrático en esta intrusión de la CIA en las vidas privadas de los americanos, y no sólo para informar, sino para castigarlos. Por ejemplo, Cornelius Gallagher, miembro de la Cámara de Representantes por Nueva Jersey, figura en los «dossiers» de la CIA por haber tenido relaciones con dominicanos. Gallagher acaba de salir de la cárcel, después de diecisiete meses: estaba penado por evasión de impuestos. ¿Hubo realmente tal evasión, o fueron preparadas pruebas falsas contra él? ¿O se descubrió su evasión de impuestos por la CIA, que la comunicó en secreto a los agentes fiscales? Todo ello serían graves violaciones de los derechos constitucionales de la democracia de los Estados Unidos.

Uno de los rumores que circu-

lan por Washington es el de que la finalidad de esta campaña va, más que contra Ford y Kissinger —aunque estén alcanzados por ella—, contra la propia CIA. Se trataría de que la CIA fuese disuelta, y los servicios de contraespionaje y espionaje llevados por los militares en colaboración con el Departamento de Estado. La CIA puede haber dejado de ser útil desde que sus intervenciones son cada vez menos secretas, y constituyen un mecanismo demasiado abierto de la intervención de los Estados Unidos en el mundo. Lo importante es saber si la CIA tiene suficiente capacidad propia como para defenderse de esta campaña. Muchos temen que los informes que ha acumulado sobre las personalidades políticas americanas sean tales, que muchas personas duden en enfrentarse con ella ante el miedo de verse acusados a su vez por actividades económicas, políticas o sexuales que han querido mantener ocultas.

El mismo terror produce la Comisión de Investigación. Si se forma con justicia y equidad y con los plenos poderes que tiene en estos casos una comisión especial nombrada por el Presidente, todas las actividades de la CIA deberán ser conocidas por ellos. Los descubrimientos pueden ser muy importantes.

¿Un nuevo Watergate? Es posible que se detenga antes de ir demasiado lejos. Otro escándalo que concierne al Presidente de los Estados Unidos y a su secretario de Estado, cuando todavía duran los ecos del Watergate, sería difícilmente soportable por los Estados Unidos. ■

LA CIA EN AMERICA LATINA

Entrevista con Philip Agee por Gabriel García Márquez

SALVADOR Allende perdió las elecciones presidenciales de Chile en septiembre de 1964. El candidato triunfante fue el demócrata cristiano Eduardo Frei. En aquella época ese triunfo se consideró como un episodio más en la muy larga y tranquila historia de la democracia chilena. Sin embargo, ahora se va a saber que aquella derrota de Salvador Allende fue una victoria secreta de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA), que se gastó varios millones de dólares en fortalecer a los partidos de derecha y en comprar votos mercenarios contra el candidato socialista. Un hombre llamado Philip Agee, que entonces era oficial de la CIA en Montevideo, revela esta verdad y muchas otras en

un libro apasionante que se publicó en enero (1).

«Nuestro problema de entonces —cuenta Agee— era que la oficina de finanzas del cuartel general de la CIA en Washington no había podido obtener suficiente dinero chileno en los Bancos de Nueva York y había tenido que comprar en Lima y Río de Janeiro. Pero ni siquiera en esa forma habían podido satisfacer sus necesidades.

«Nuestro agente de compras en Montevideo —prosigue Agee— era el First National City Bank, el cual mandó sus hombres a Santiago para que compraran escudos chilenos con la mayor discreción y en pequeñas cantidades separadas. Re-

gresaron dos días después trayendo el dinero efectivo en la forma acostumbrada: dentro de maletas de ropa y sobornando a los guardias de aduana». Era tanto dinero que Agee necesitó una jornada completa para contarlo. «Al día siguiente —dice—, lo mandamos de nuevo a Santiago en la valija diplomática».

Philip Agee me habla estas cosas en Londres, en un castellano sin ningún acento regional y con una cara y un orden mental de buen estudiante de matemáticas, pero lo que más llama la atención en él es la naturalidad de su modestia. Es graduado en Filosofía en la Universidad de Notre Dame, en South Bend (Indiana), donde la CIA lo reclutó a los diecinueve años. Tra-

(1) Inside the Company: CIA Diary. Penguin Books, London.

LA C.I.A.

bajó como oficial de inteligencia durante diez años en las estaciones de Quito, Montevideo y México. En 1969 desertó de la CIA, convencido por su propia experiencia de que los Estados Unidos apoyaban la injusticia y la corrupción para retener y expandir el control del imperialismo en América Latina. En los últimos tres años ha estado en algún lugar del mundo escribiendo el libro de sus experiencias. Es un libro macizo, serio y terminante, que se lee sin tomar aliento.

En nuestra larga e intensa conversación, examinando datos, evocando hechos, hemos estado a punto de absolver a la CIA de todas sus culpas. En realidad, con todo su poder y todo su dinero, la CIA no podría hacer nada sin la complicidad de clase de los gobiernos de América Latina, sin la venalidad de nuestros funcionarios y la casi infinita posibilidad de corrupción de nuestros políticos.

En el Ecuador, por ejemplo, el médico personal del Presidente J. M. Velasco Ibarra —un colombiano llamado Felipe Ovalle— vendía un informe semanal a la CIA. Gracias a la complicidad de los funcionarios del correo, las valijas que llegaban de Cuba, URSS y China eran mandadas a la estación de la CIA, donde el oficial John Bacon abría las cartas, las fotocopiaba, las volvía a cerrar y las devolvía intactas a la Administración de Correos. Un embajador del Ecuador ante las Naciones Unidas era agente de la CIA. También lo eran tres diplomáticos del Uruguay en La Habana, un corresponsal de la agencia Ansa en Montevideo, la taquígrafa oficial de la Junta militar que sucedió al Presidente Arosemena, un ministro de Hacienda, dos líderes del partido social cristiano, un importador de automóviles de Guayaquil, el jefe de ventas de la Philip Morris para América Latina y la propia hermana de Fidel Castro: Juanita.

La CIA tiene micrófonos ocultos en muchos hoteles de América Latina gracias a la complicidad de los propietarios. Escucha en sus propias oficinas las conversaciones de los políticos de izquierda, gracias a la complicidad de los servicios locales de inteligencia, que además le mandan las listas diarias de viajeros al exterior y las fichas de identidad de cualquier ciudadano. La estación de Montevideo controla un número incalculable de llamadas telefónicas a través de una red clandestina de treinta pares de cables instalados por la propia compañía de teléfonos.

Agee cuenta en su libro que después de la elección de Arosemena como Presidente del Ecuador, el vicepresidente del Senado, Reinaldo Varea, concertó una cita con el director de la CIA en Quito,



Un grupo de soldados y campesinos cubanos examinan los restos de un U-2 norteamericano derribado mientras realizaba un vuelo de espionaje sobre la Isla, durante la crisis de octubre de 1962.

Ted Noland, para que ésta le ayudara a conseguir la vicepresidencia de la República. Noland se la consiguió, con el apoyo del dirigente conservador Aurelio Dávila. Ambos ignoraban, al parecer, que tanto el uno como el otro estaban a sueldo de Noland. Una vez elegido vicepresidente, Reinaldo Varea consiguió que la CIA le aumentara de 700 a 1.000 dólares su asignación mensual y que le prometiera doblársela si llegaba a la Presidencia.

Sin embargo, los sueldos de la CIA no son siempre tan mezquinos. A un oficial de comunicaciones de la Embajada de Cuba en Montevideo trataron de reclutarlo con la bicoca de 30.000 dólares por un informe completo sobre las operaciones cubanas de inteligencia, 50.000 dólares más por las claves de los mensajes cifrados y 3.000 mensuales durante todo el tiempo que trabajara para la CIA dentro de una Embajada cubana. En 1967, y sólo para gastos de rutina, el presupuesto de la división latinoamericana de la CIA fue de 37 millones de dólares.

El objetivo fundamental de los Estados Unidos por aquella época era que los países de América Latina rompieran relaciones con Cuba hasta su aislamiento total. Para conseguirlo promovieron golpes de Estado, desórdenes públicos, huelgas pagadas y represiones sangrientas de protestas populares y estudiantiles. Enriquecieron a los partidos de derecha, corrompieron a los reformistas e instauraron, por último, el Imperio de los gorilas.

Las Universidades fueron centros fáciles de agitación y provocación. Estudiantes de buena fe repartían volantes subversivos impresos en las Embajadas norteamericanas. Agee dice: «Ninguno de los estudiantes, salvo los dirigentes pagados, sabían que estaban sirviendo a la CIA». Todos los letrados murales pintados en aquella época contra Cuba, y algunos a favor, se-

gún las intenciones secretas, eran pintados por cuenta de la CIA.

Agee cuenta en su libro cómo tumbaron al Presidente Velasco Ibarra, casi con una llamada de teléfono, porque se negaba a romper con Cuba. Cuenta también cómo tumbaron a su sucesor, Arosemena, porque insultó al embajador de los Estados Unidos. Cuenta cómo tumbaron a Frondizi, en Argentina, y a Quadros, en Brasil, porque se resistían a romper con Cuba. Por fin, en 1962, Ecuador cedió a la presión terrible de los Estados Unidos. Agee cuenta que aquella noche «celebramos la victoria con champán en nuestras oficinas de Quito, y el cuartel general nos mandó sus felicitaciones».

Dos años después, desde la central de Washington, Agee siguió con mucha atención la maniobra con que los Estados Unidos consiguieron expulsar a Cuba de la OEA. La campaña se fundó sobre un cargamento de armas que el gobierno de Venezuela declaró haber encontrado en su territorio. Un traficante belga, supuesto vendedor de las armas, declaró haberse las vendido a Cuba. Sin embargo, desde su privilegiado observatorio de Washington, Agee no pareció muy convencido de la patraña. «Toda la campaña me pareció una operación montada por la oficina de la CIA en Caracas —dice—, y sospecho que las armas fueron puestas por ella, quizá en una maniobra conjunta con los servicios locales».

Sin embargo, la operación más difícil, pero también la más fructífera, fue la del Brasil. En 1963, al regreso de un viaje a Río de Janeiro, Ted Noland le había dicho a Agee que «Brasil es nuestro problema más serio en América Latina, más serio que Cuba desde la crisis de los cohetes». Tratando de contrarrestar aquel problema, la CIA financió a los candidatos de la derecha en la campaña electoral de 1962, con una operación que debió costar «no menos de doce

millones de dólares y tal vez más de veinte millones». La campaña se hizo cada vez más intensa, hasta conseguir, en 1964, no sólo la caída de Goulart, sino el implantamiento absoluto del poder gorila. Agee dice: «Parece que la decisión fue tomada por el propio Presidente Johnson, no sólo para impedir un contragolpe a corto término, sino para establecer lo más pronto posible una fuerza de seguridad interna que asegurara una acción a largo término». Fruto de esa inspiración maligna fueron las caídas subsiguientes de Uruguay, Bolivia y Chile.

Es un libro fascinante. En él se descubre que Cheddy Jagan, el primer ministro de la Guayana Británica, fue también derribado por la CIA. Se descubre, no sin sorpresa, que fue la CIA quien mandó desde Miami, por valija diplomática, las armas de precisión con que asesinaron al dictador Trujillo, de Santo Domingo, cuando cayó en desgracia ante el gobierno de los Estados Unidos. Se confirma que los equipos de torturadores que actúan en América Latina son entrenados en la Escuela de Contraguerrillas de la Zona del Canal de Panamá. Se establece, en fin, y de un modo definitivo, que en 1964 —cuando Cuba fue expulsada de la OEA— había muchas más razones comprobadas para expulsar primero a los Estados Unidos por su intervención pertinaz y sangrienta en los asuntos internos de América Latina.

Tantas infamias juntas, rematadas con la invasión de «marines» en Santo Domingo, terminaron por poner a Philip Agee frente a su propia conciencia. «¿De qué sirve reprimir la subversión —reflexionó entonces—, si después ha de continuar la injusticia?». No fue una simple crisis moral, sino un acto político decisivo: de un solo golpe, Philip Agee abandonó a la CIA y se puso del lado de la revolución en América Latina. Ahí lo tenemos.

■ GABRIEL GARCIA MARQUEZ.